

MURLA & BOSTON

En 1988 visité Murla por primera vez en compañía de mi inolvidable amigo Salvador Deusa, y en cuanto entramos en el pueblo tuve la impresión de que Berlanga estaba rodando una de sus divertidas películas. Circulaban enormes coches americanos descapotables. Y chicos y chicas, altos y rubios, se mezclaban con absoluta normalidad con los carros, las caballerías y las gentes del pueblo, hablando una mezcla de valenciano, inglés y castellano. Ante mi extrañeza, Salvador me explicó:

- Són els fills y els nets dels que van emigrar a Estats Units a principis del segle XX.

Salvador estuvo de médico en New Briten, un pequeño pueblo cerca de Boston y los conocía a todos.

Entramos en el bar Papas, allí estaba Juan Grau, Chan para los amigos, que también hizo las Américas. Jugaba al dominó con tres hombres que, por su aspecto, parecía que nunca habían salido del pueblo.

Unos meses más tarde mi hijo Pedro marchó a trabajar a Boston y le pregunté a Salvador si conocía a alguien para que pudiera seguir estudiando su carrera de Económicas.

- Clar home, Ricardo! el que jugaba al dominó amb Chan és catedràtic en la Universitat de Boston.

Salvador era un tipo genial y tenía soluciones para todo. Pero yo me quedé un poco extrañado pensando en los tres hombres que jugaban al dominó. ¿Quién sería el catedrático?

Al año siguiente, mi mujer y yo fuimos a Boston a ver nuestro hijo. Al llegar al hotel nos dijeron que los señores de Morant nos esperaban para cenar. Tomamos un taxi y a los pocos minutos, al final de la Commonwealth Avenue nos encontramos ante el soberbio edificio del Harvard Club. Entramos en el hall, y una pareja elegantemente vestida nos esperaba a la puerta del comedor de invitados. Él, de esmoquin y ella con un traje largo que realzaba su alta figura. Parecían los actores de una película de Visconti, que, seguramente por la intercesión de San Salvador Deusá, íbamos a rodar juntos. Y como no dejaba de preguntarme dónde estaba el hombre que jugaba al dominó en el bar de Murla, tuve la certeza de que junto a un gran hombre, hay siempre una mujer extraordinaria. Porque así era Paquita, extraordinaria, simpática, sonriente, preocupándose por todos los detalles para que nos sintiéramos a gusto en su compañía; hasta tal punto que al despedirnos aquella noche parecía que nos conocíamos de toda la vida.

Cómo olvidar la espléndida cena en su casa junto a sus hijos Ramón, Tata, Dolores y Ric; donde ella no descansó en un constante ir y venir del comedor a la cocina trayendo todas sus

exquisiteces culinarias, mientras Ricardo escogía los mejores vinos y whiskys de su excelente bodega.

A partir de aquel día la amistad con Paquita y Ricardo, así como la de nuestros hijos con los suyos, quedó consolidada y cualquier ocasión fue buena para encontrarnos de nuevo. Como cuando fuimos los de Pluja para rodar la película *On Keepeu Les Bagues*. O en Valencia, donde Ricardo presentó mi novela *Transgénicos*. En las fiestas de Murla a la Divina Aurora, donde parecían encontrar sus raíces fundiéndose con los parientes y amigos de toda la vida en aquel curioso Pentecostés de lenguas. Y sobre todo en la Nit del Correfoc cuando Paquita nimbada por el resplandor de los cohetes parecía una diosa pagana, mientras en sus ojos brillaba la felicidad y el cariño que sentía por todos. Y cómo no recordar aquella noche mágica en que nos reunimos en mi casa con los hijos, hijas, yernos, nueras y nietos ¡Cómo disfrutaba Paquita! Una mujer con ángel. Querida e idolatrada por cuantos la conocen, porque Paquita no ha muerto y sigue muy viva en nuestro recuerdo. ¡Un brindis por Paquita!

José Miguel Borja